

UN MUNDO QUE GANAR

Julio Rodríguez Puértolas

I.

En octubre de 2005 se publicaba un artículo en *Mundo obrero* titulado “Esperando al autobús para ir a trabajar... y el Manifiesto Programa” (Ricardo Ledo), que, en parte, cito aquí:

Esta mañana cuando esperaba el autobús para ir a trabajar, le daba vueltas a la cabeza pensando qué podía escribir, cómo recoger en un par de folios todo lo que se dijo acerca del tan esperado y necesario Manifiesto Programa [...]. Cuando me apeé en Plaza de Castilla y me metí en el túnel del metro, una masa gigante de gente venía hacia mí sin mirarme. Eran las siete de la mañana y miles de vidas huían de los bostezos corriendo hacia el intercambiador situado a los pies de las torres Kio, desde donde cada mañana se dirigen a sus rutinas enajenadas [...]: en ese instante estaba presenciando el amanecer de la lucha de clases del 21 de septiembre de 2005. ¡Qué ironía! Los currantes en Madrid salimos cada día a que nos exploten desde debajo de los edificios que simbolizan el capitalismo [...]. En ese escenario donde transcurre la vida, en las aceras, está la clase obrera, hombres y mujeres que se pasan el día poniendo su vida en los objetos hasta que esta deja de pertenecerles y pasa a pertenecer al objeto, como nos enseñó Marx.

Sí. ¿Y a qué nos enseñó Marx? Con las ideas marxistas ¿podemos analizar *nuestra* realidad? El 22 de febrero de 1998 un periódico madrileño que se autodefine como “diario independiente de la mañana” (*de la mañana*, sí; *independiente*, ni modo) publicaba una encuesta acerca de, justamente, “Lo que queda de Marx” añadiendo: “150 años después, el *Manifiesto comunista* tiene pocos lectores” (¿cómo lo sabe dicho periódico?). Y añadía: “pero su autor aún desencadena *pasiones*”. Me limito aquí a recordar parte de dos de las respuestas:

Francisco Fernández Buey (catedrático de Filosofía del Derecho): “queda su fundamentación racional de la esperanza, de los explotados y oprimidos, en un mundo de desigualdades que es un escándalo moral [...]. La renovación de la izquierda tiene que partir de Marx, porque entre tanto, no ha aparecido una visión de conjunto mejor a favor de los de abajo [...].”

Mario Gaviria (sociólogo): “sigue siendo válida la idea de intentar entender y a la vez intentar cambiar el mundo, intervenir en nuestro propio destino [...]. La aspiración a una sociedad sin clases, de cada uno según sus capacidades, a cada uno sus necesidades, es una buena utopía concreta [...]. La teoría de Marx es patrimonio de la humanidad [...].”

Ha podido decirse que una de las razones para comprender qué ocurre hoy con el *Manifiesto comunista*, por qué provoca una auténtica fascinación y pasión es porque “muchas de sus páginas son auténtica poesía” (Enzensberger, 1998, 15). No será ocioso recordar lo que Luis Buñuel dijera acerca del surrealismo: “un movimiento *poético, revolucionario y moral*”, pues, añadía Buñuel, “la moral burguesa es lo inmoral para mí, contra lo que se debe luchar. La moral fundada en nuestras injustísimas instituciones sociales como la religión, la patria, la familia, la cultura; en fin, los llamados pilares de la sociedad” (Buñuel, 1982, 107; Poniatowska, 1961, 123). No en vano, el maestro surrealista, André Breton, había dicho en 1925 que la revolución surrealista era una revolución social y que existía una herramienta “probada con éxito: el marxismo leninismo”.

He hablado de *pasión* y de *poesía*. Ahora es preciso hablar de *utopía*. En viejas ediciones del *Diccionario* de esa todavía llamada Real Academia, podía leerse bajo “utopía”: “plan, proyecto, sistema o doctrina halagüeña, pero irrealizable”. Y también: “lucubración fantástica y fuera de la realidad”. Pero en la edición de 1992 se ha introducido un matiz bien notable: “plan, proyecto, doctrina o sistema optimista que aparece como irrealizable en *el momento de su formulación*”. ¿Qué habrá llevado a los reales académicos a modificar de tal modo su definición de utopía? ¿En qué estarían pensando? Pero volvamos a lo nuestro. En 1903, el gran novelista y republicano Pérez Galdós terminaba así un texto titulado, precisamente, “Soñemos, alma, soñemos”: “¿Es esto soñar? ¡Desgraciado el pueblo que no tiene ningún sueño constitutivo y crónico, norma para la realidad, jalón plantado en las lejanías de su camino!” (Pérez Galdós, 1982, 1.260). Se refería Galdós a la necesidad de analizar y estudiar la realidad española, de saber escuchar a un pueblo que reclamaba “justicia, equidad, medios de existencia”, de hacer cumplir esos deseos por medio de un instrumento llamado *República*. Este texto galdosiano es de 1903. Un año antes, en 1902, afirmaba también Lenin (1971, 16-17) en su famoso *¿Qué hacer?* la necesidad de soñar, y citaba las palabras de otro revolucionario anterior, D. J. Pisariev:

Si el hombre estuviese completamente privado de la capacidad de soñar así, si no pudiese de vez en cuando adelantarse y contemplar con su imaginación el cuadro enteramente acabado de la obra que se bosqueja entre sus manos, no podría figurarme de ningún modo qué móviles obligarían al hombre a emprender y llevar hasta su término vastas y penosas empresas en el terreno de las artes, de las ciencias y de la vida práctica [...], la realización de sus

fantasías. Cuando existe algún contacto entre los sueños y la vida, todo va bien.

Sueños y utopías, por lo tanto, que entre otras cosas permiten cuestionar frontalmente la oportunista y cínica idea de que “la política es el arte de lo posible”: no, sino como se ha dicho (Harnecker, 1999, 296), “el arte de volver posible lo imposible”. O mejor: “hacer posible mañana lo que en el presente aparece como imposible” (*ibid.*, 297). De este modo, “la utopía se transforma en fuente de inspiración, en referencia de juicio, en reflexión de sentido” (*ibid.*, 300). O con palabras de Julio Anguita (2005, 6):

La aspiración a un mundo en el que las clases sociales no existan, el Reino de la Libertad sea pleno y comience entonces la verdadera Historia de la Humanidad, sigue siendo una utopía válida, necesaria y urgente en esta época de globalización capitalista en que la contradicción esencial es – todavía – la del Capital y el Trabajo. La lucha de clases es la consecuencia objetiva.

II.

“Época de globalización capitalista”, en efecto. “Neoliberalismo”, dicen otros; también “postmodernidad”. ¿Cuáles son sus características básicas, sobre las cuales han construido el mito definitivo de *lo natural y lo normal* del sistema capitalista de nuestros días? Voy a acudir en primer lugar al libro ya clásico del marxista británico Frederic Jameson titulado con gran propiedad *El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado*. Para Jameson (1991, 21-22) destacan, entre otros, algunos rasgos fundamentales:

1. “Una nueva superficialidad [...], quizás el supremo rasgo formal”; superficialidad que va desde lo teórico “a la cultura de la imagen”.
2. El desprecio por la historicidad, por lo histórico, tanto por la Historia con mayúscula como por la historia privada.
3. “Un subsuelo emocional totalmente nuevo [que] podríamos denominarlo ‘intensidades’”. Véase ahora esa formulilla tan utilizada entre nosotros de “¡qué fuerte!”.
4. Una “supertecnología”.

Por lo demás, el sistema ha eliminado – o querido eliminar – las conocidas dicotomías entre esencia/existencia, realidad/apariencia, alienación/consciencia, significante/significado, etc. (*ibid.*, 33). Esto es, añadido yo, ha eliminado la *dialéctica* como forma de pensamiento y de conocimiento, y justamente porque lo dialéctico *es* lo real, lo verdadero, lo no superficial. Señala también Jameson (43) que “unos amos sin

rostro siguen produciendo las estrategias económicas que constituyen nuestras vidas”. Sí, en gran medida, aunque a niveles menos inalcanzables tienen nombre y los conocemos. Lo cierto es que hoy estamos ante “la forma más pura de capitalismo de cuantas han existido” (*ibid.*, 81), la del capitalismo *multinacional* o *transnacional*, que supone, además, la progresiva miseria de continentes enteros o casi, bajo esta desarrollada forma de imperialismo de los Estados Unidos y de sus satélites.

Pero acaso la quintaesencia de tan tremenda sistematización capitalista sea esta: *la imagen es la realidad* (*ibid.*, 102; véase también Rodríguez, 2003). Para conseguir lo cual y entre otras cosas concurrentes, el sistema favorece e impulsa la fragmentación y atomización de la realidad: social, política, económica, cultural; esto es, la construcción de “grupos con escasa capacidad de poder” (Harnecker, 1999, 174-176) y menos aún capaces de creer en *utopías* y de luchar por ellas. La idea ya mencionada de que *la imagen es la realidad* se construye con lo que acaso, al menos a este nivel, es la piedra angular del sistema, la *fabricación del consenso* (*ibid.*, 179-180), la creación de la llamada *opinión pública*, lo cual no puede hacerse sin la progresiva concentración de los medios de comunicación (baste recordar, en España, al grupo *Prisa*: diarios, digitales o no, canales de televisión, editoriales...); una cultura, un consenso, emanados de Estados Unidos. Otra forma paralela de domesticación es el *consumismo* (*ibid.*, 181-183), desde lo puramente innecesario a lo que hacen pasar por *necesario* y *natural*. Esto es, el sistema *crea* “necesidades”. Y no solamente eso. El capitalismo

Nos produce, nos construye [...]. La represión y el consenso son sin duda la clave de todo [...]. El problema no estriba tanto en interiorizar el modelo, pues ya lo tenemos interiorizado, sino [...] en la exteriorización del modelo (Rodríguez, 2003, 16).

Esto es: exteriorizamos, proyectamos lo que ya somos y somos lo que *ellos* han hecho de nosotros. Además, el capitalismo organiza nuestro ocio: fines de semana, vacaciones, aficiones, “diversiones”. Y hoy, todo es capitalismo. No hay diferencia entre lo privado y lo público; entre tiempo de trabajo y tiempo de ocio. La perversión máxima, el fetichismo máximo consiste en creerse libres, en creerse la idea del “yo soy libre [...], es el mecanismo que configura en concreto el deseo de cualquier yo [...]. En suma, el imaginario del ‘yo soy libre para elegir mi moda’” (Rodríguez, 2003, 68). Esto es, la fetichización de una libertad falsa, la “libertad capitalista”.

III.

Decía el conservador Winston Churchill con palabras bien conocidas, que la democracia (esto es, “el régimen político del capitalismo”; Badiou, 2002, 8) no es el mejor de los sistemas, sino el menos malo. Churchill, sin duda, a pesar de su reaccionarismo e imperialismo británicos, no era tan hipócrita y tan cínico como los voceros actuales del capitalismo. Pues, en efecto, ya hoy se habla con total descaro de la “democracia liberal” como el mejor régimen político-social, e incluso como el definitivo, el del desarrollo imparable, el de la libertad, el de la felicidad que puede no ya vislumbrarse, sino tocarse con las manos. Claro que hay gentes descastadas que no comprenden todavía que estamos empezando a vivir en el mejor de los mundos posibles: es preciso convencerles por su propio bien, como ya están convencidos otros muchos.

Y aquí, claro está, es donde interviene lo que probablemente es el instrumento de dominio más eficaz del capitalismo de hoy: la *construcción del consenso*, consenso generalizado gracias a los medios de comunicación masivos o no, a la manipulación de los hechos y de las realidades más escandalosamente obvias, a la distorsión, a la mentira, a la ficción. Esto es: a la *desrealización de la realidad*. El resultado es que, como se ha dicho, hoy se nos presentan el supercapitalismo liberal y su sistema político, el parlamentarismo, como las únicas soluciones naturales y aceptables. Toda idea revolucionaria es considerada como *utópica*, y en última instancia criminal (Badiou, 2002, 7-8). Y así, en efecto, quieren hacernos creer que este sistema es tan *natural* como *normal*. Y a la inversa: quien no lo entiende así, quien no lo acepta o se rebela contra él, es *antinatural*, *anormal*. Sin embargo, ¿será cierto que es loco aquel que no acepta su propia realidad y la del mundo tal como nos la interpretan *ellos*? ¿Quién decide qué es *locura*, *antinatural*, *anormal*, *criminal* incluso? ¿*Ellos*? Porque *normalidad* y *normal* vienen de *norma*, definida esta así por el Diccionario de la Academia: “regla que se debe seguir o a que se deben ajustar las conductas, tareas, actividades, etc.”. Norma y normas que según esta definición académica son imperativas y de obligado cumplimiento.

Como consecuencia, repito, ¿qué es *anormal* y *anormalidad*? Pero bien conocido es aquello del *Hamlet* de Shakespeare (1988, 39): “aunque esto sea locura, hay método en ella”. O como escribía nuestro poeta Luis Cernuda (1975, 80) a propósito de

don Quijote y de un famoso “loco galdosiano”, gentes como ellos y propósitos como los suyos “pueden ser, a la larga, los que hagan marchar el mundo”. ¿Acaso no había hablado don Quijote de aquella edad maravillosa en que no se conocían las palabras *tuyo y mío*, en que eran “todas las cosas comunes”? (*Quijote*, I. 11). Hoy don Quijote estaría internado en un psiquiátrico en nombre de la *normalidad*.

Pero *ellos* saben muy bien que el capitalismo es un régimen de desigualdades, injusto, e inaceptable para la vasta mayoría de la humanidad. Y *ellos* saben también que esta democracia es un engaño: ¿dónde está el poder del pueblo?, ¿dónde está la fuerza política de los campesinos del tercer mundo, de la clase obrera europea, de los trabajadores, de los pobres de todas partes? Vivimos en una pura contradicción: “Se nos presenta como ideal una situación brutal, de profundas desigualdades, en que toda existencia está valorada sólo en términos de dinero” (Badiou, 2002, 8). “Tanto tienes, tanto vales”, dice un viejo y realista proverbio castellano. La claridad con que altos y refinados representantes del sistema pregonan todo esto es continua; basta repasar las secciones de economía de los periódicos. Pero también a otros niveles, incluyendo los de la zafiedad nacional. En octubre de 2005, la prensa obrera reproducía y comentaba dos noticias nada anecdóticas tomadas a su vez, respectivamente, de *Diario de Ibiza* y de *Libertad digital* (véase *Mundo obrero* y *Rebelión*; el artículo original era de Carlos Martínez y Pascual Serrano). En la primera, la princesa Beatriz de Orleans, directora de comunicación en España de la famosa firma *Christian Dior*, comentaba acerca de un exquisito bolso de señora producido por dicha empresa; la princesa explicaba al periodista algunas obviedades bien interesantes:

Está hecho con seda, que como sabes se obtiene de unos capullos que hacen unos gusanos. Y hay unos niños que deben deshacerlos con sus pequeños deditos. Es lógico que valga dinero, pues lo vale el trabajo que ha costado fabricarlo.

El elegante bolso de seda tiene un precio de venta de 2.790 dólares; los niños que “con sus pequeños deditos” preparan la delicada materia prima – niños del tercer mundo – reciben un salario de 14 céntimos de dólar por hora de trabajo. La princesa Beatriz no vuelve a ocuparse de esos niños superexplotados; ya lo ha hecho al afirmar que el bolso vale dinero, “pues lo vale el trabajo que ha costado fabricarlo”. La princesa Beatriz sí conoce, en cambio, poéticamente, que el de la moda es un mundo de sueños, y dice: “Dior es hoy el número uno en marcas de lujo, vende sueños. El lujo hace soñar, pues la

vida sin sueños puede ser patética”. ¿Asombroso? No. Simple *naturalidad* y *normalidad*.

La segunda noticia a que antes me refería es lo dicho por Jorge Valín, comentarista de *Libertad digital*; es la revista de *internet* dirigida por el bien conocido “neofascista” (esto es, *fascista*) Federico Jiménez Losantos. En *Libertad digital*, Jorge Valín elucubra acerca de la prostitución infantil de un modo tan revelador como este:

Probablemente la prostituta infantil no quiera serlo pero a nadie le gusta trabajar [maravillosa identificación entre trabajo y prostitución, digo yo] (...). Al prohibirle su libre elección [*sic*] a trabajar y obligarla a estudiar, le estamos negando una fuente de financiación fundamental para ella y su familia. La prostituta infantil suele estar en países pobres donde apenas tiene alternativas. Su trabajo [*sic*] le permite sobrevivir, y no vivir mejor.

Pero Jorge Valín dice algo acaso más revelador desde el punto de vista estrictamente capitalista:

Cuando el Estado lucha contra el negocio del turismo sexual por razones morales, lo único que está haciendo es ayudar a que la nación no obtenga el capital necesario para conseguir otras formas de producción [...]. Algunos países pobres viven, por el momento, del turismo sexual, que a la vez alimenta otros sectores, como el de la hostelería, alimentación, ocio, etc.

¿Asombroso de nuevo? No. De nuevo *naturalidad* y *normalidad* capitalista, ahora al servicio de los turistas del, sin duda, “primer mundo”.

IV.

Pero vayamos concretando. Durante el debate sobre el estado de la nación celebrado este año, el presidente Rodríguez Zapatero, replicando en el Congreso a Gaspar Llamazares, declaró con rotundidad y con referencia al PSOE: “Somos de izquierda, pero del 2006”. ¿Seguro? La socialdemocracia del 2006, española o no, ¿es *de izquierda*? ¿No son los socialdemócratas más sencillamente y una vez más, los *socialtraidores*? ¿No contribuyen en todas partes a dismantelar lo poco que había logrado la llamada “sociedad del bienestar”, mucho de lo que generaciones de trabajadores habían conseguido en su lucha continua y secular?

Acerca del funcionamiento en España del capitalismo salvaje, abundan los estudios oportunos. Me limito aquí a mencionar, por su accesibilidad y claridad explicativa, algunos artículos aparecidos este año 2006 en *Mundo obrero*, por orden cronológico. Así por ejemplo:

reforma fiscal (febrero y junio); precariedad laboral (junio y julio-agosto); inmigración (junio); desigualdad laboral hombre-mujer (junio), frente a aquello de “a trabajo igual, salario igual”; seguridad social (julio-agosto); mayores beneficios y menores salarios (julio-agosto); etc.

Mención especial merece el caso de la llamada elegantemente “flexibilidad laboral”, ejemplificado con lo ocurrido en la SEAT de Cataluña, y que permite corroborar de modo bien concreto lo que Julio Anguita ha dicho acerca de que los sindicatos están “muy dentro del aparato del Estado” y que “el movimiento obrero no existe” (*El País*, 14 de noviembre 2005). No puedo comentar aquí el trabajo en cuestión; me limito a citar lo siguiente:

La empresa aprovecha la ocasión para deshacerse de sus trabajadores menos productivos, y las direcciones sindicales [de CC.OO. y UGT] para eliminar a los críticos y a los competidores [...]. Si en plantilla hay un 14% de mujeres, en la lista de despedidos son el 20%, o si la CGT (único sindicato que no firmó el acuerdo) tiene un 7% de afiliados en la empresa, entre los despedidos hay un 23% de afiliados (Díaz, 2006, 8).

Añadamos a tan tremenda lista de tan graves problemas la siniestralidad laboral, el paro real y el encubierto, las pensiones, la vivienda (especialmente para los jóvenes), la educación, la reforma militar, etc. Así pues podemos incluir aquí la larga y estremecedora lista de preguntas que Julio Anguita afirma debería hacerse al *izquierdista* Rodríguez Zapatero (*Mundo obrero*, julio-agosto, 2006):

¿Es de izquierdas el mantener un 34% de contratos temporales?, ¿es de izquierdas mantener e incluso reforzar una política fiscal regresiva en contra del artículo 31 de la Constitución?, ¿es de izquierda apoyar la última reforma del Mercado Laboral que abarata el despido?, ¿es de izquierda que las rentas del capital superen a las del trabajo?, ¿es de izquierda que el Gasto Fiscal favorezca mayoritariamente al capital?, ¿es de izquierda la inhibición ante la especulación y el desastre urbanístico y ecológico?, ¿es de izquierda conseguir un superávit en los Presupuestos Generales cuando hay tantas y tantas necesidades sociales?, ¿es de izquierdas asumir como motor de la Economía ese concepto capitalista llamado Competitividad?

Sin esperar la hipotética respuesta del presidente del Gobierno, veamos lo que Ignacio Ramonet decía ya hace siete años (*Le Monde Diplomatique*, 25 de marzo de 1999): “la socialdemocracia ha ocupado el lugar del conformismo, del conservadurismo: ella es la derecha *moderna*”. O como se ha dicho más de una vez, la socialdemocracia, cuando consigue el poder, se limita a administrar el capitalismo.

He utilizado en varias ocasiones ese “diario independiente de la mañana”. Ocurre que de manera ocasional se filtran en él artículos y firmas que parecen apartarse de su línea general (fenómeno que merecería un estudio aparte). El 22 de mayo de 2002, Vicenç Navarro, catedrático de la Universidad Pompeu Fabra de Barcelona, publicaba ahí un artículo en que recordaba que el laborista Tony Blair había declarado ante la Asamblea Nacional francesa (24 de marzo de 1998) que “no existen en la economía globalizada de hoy derechas o izquierdas, sino buena o mala gestión del espacio público” (13). Afirmación tal supone que han desaparecido en gran medida la clases sociales, y sin duda, la clase trabajadora, ahora bien, con un novedoso y funcional criterio, el profesor Navarro afirma que “lo que define la posición social de la ciudadanía no es tanto su nivel absoluto de renta o estándar de vida, sino la *distancia social* existente entre los colectivos que la constituyen” (*ibid.*). Y así (y esto es lo científica y humanamente impresionante):

Los miembros de la burguesía viven dos años más que los miembros de la pequeña burguesía, los cuales viven dos años más que los miembros de las clases medias, los cuales viven dos años más que los miembros de la clase trabajadora cualificada, los cuales viven dos años más que los que tienen grandes periodos en su vida sin trabajo. Diez años de vida es la diferencia de pertenecer entre los dos polos sociales, tres años de diferencia más que el promedio de la UE, que son siete. En Estados Unidos son quince (14).

V.

Al llegar a este punto podríamos hacernos la siguiente pregunta: y nuestra Constitución, ¿no garantiza muchas cosas que en la práctica no parecen funcionar correctamente? ¿Acaso no garantiza un trabajo digno, una vivienda digna, una seguridad social digna, un medio ambiente digno, unas pensiones dignas, un sistema fiscal digno y equitativo, etc., etc., etc.? ¿Quién recuerda que el artículo 118 se muestra contrario a las privatizaciones y favorable al sector público? ¿Y el 131, que habla de la planificación económica? ¿Y el 128?:

- 1.-Toda la riqueza del país en sus distintas formas y sea cual fuere su titularidad está subordinada al interés general.
- 2.-Se reconoce la iniciativa pública en la actividad económica [...], la intervención de empresas cuando así lo exigiere el interés general.

¿Acaso se cumplen en algún momento estos mandatos constitucionales? (véase “El neoliberalismo quebró la Constitución de 1978”, ponencia _____). Mención aparte merece lo referente a las Fuerzas Armadas, con esos ambiguos artículos de la Constitución, el 8 y el 62 por ejemplo. Además, el 15 de setiembre de 2005 el Congreso de los Diputados aprobaba (con los votos de Izquierda Unida) el llamado “Proyecto de Ley Orgánica de la Defensa Nacional”, que permite la participación española en “la lucha contra el terrorismo”, en el seno de la OTAN, de “relación estrecha y consolidada con los Estados Unidos”, por ejemplo (véase Meyer, 2005, 9).

La piedra angular del sistema constitucional español es, sin duda, la función del Rey y de la Corona. No voy ahora a trazar un panorama histórico de lo que para España ha significado la monarquía borbónica desde la gran guerra llamada de Sucesión del siglo XVIII hasta la guerra civil de 1936 y desde 1975 hasta ahora. Tampoco voy a hacer un bosquejo biográfico del actual monarca, educado, formado y nombrado por el general Franco. Ni hablaré de sus amigos financieros; de sus negocios petroleros y otros; del presupuesto y gastos de la Casa Real y de otras casas principescas; de sus cacerías en países del este europeo; de los viajes oficiales, bien de simple relumbrón bien—lo que era de esperar-- en apoyo de los hombres de negocios del más duro capitalismo español, pero nunca de los trabajadores... Me basta recordar que, de acuerdo con la Constitución, el Rey es inviolable (artículo 56.3), que “de los actos del Rey serán responsables las personas que los refrenden” (artículo 64.2).

VI.

En todo el mundo capitalista crece el fenómeno de la cada vez menor participación de la ciudadanía en las elecciones, tema reflejado por José Saramago en su extraordinaria novela *Ensayo sobre la lucidez*. Por otro lado, “es indudable que grandes sectores de la población prefieren votar y los cuatro años siguientes ocuparse de su vida privada” [que no es tan privada, ciertamente] (Rödel-Frankenberg-Dubiel, 1997, 129). Y por otro lado, no sin razón se ha dicho (“Enmienda al apartado de propuestas organizativas”) que “el PCE no es un partido para las instituciones ni para los colegios electorales, es un partido para organizar el conflicto social y para construir la alternativa”. Y como también se ha dicho (enmienda “El comunismo del siglo XXI, edificar la alternativa de la humanidad al capitalismo”), esa alternativa “se plantea superando los esquemas caducos de la mercadotecnia electoral con la participación directa y cotidiana de lo colectivo como mecanismo de transformación”. Es decir, *la*

democracia participativa y no sólo representativa. Es decir, contra el fetichismo del *cretinismo parlamentario*.

Entonces, ¿qué hacer? En mayo de 2005 y en la inauguración de unas jornadas celebradas en la Universidad Complutense en torno a la historia del PCE, su secretario general, Francisco Frutos, se preguntaba y preguntaba a los demás qué representaba el PCE en el siglo XXI y sobre todo cuáles eran las tareas. La fundamental y prioritaria:

Organizar las ideas para la acción política [...]. ¿Es posible avanzar hoy estas ideas en el marco de dominio del mercado neoliberal? Sí, pero no con un pensamiento blando y encogido (*Mundo Obrero*, junio 2005, 15).

Por su parte, Carlos Berzosa, Rector de la Universidad Complutense, se refirió (*ibid.*) al mismo tema del siguiente modo:

El ideario comunista sigue siendo válido [...]. Ese ideario de igualdad de valores, defensa del medio ambiente, defensa y protección de los derechos ciudadanos, etc., deben ser valores del comunismo en la actualidad, porque la aspiración a una sociedad más justa y más igualitaria son dos objetivos vigentes.

Por lo demás, todo lo que existe es real, como decía el viejo Hegel. También existe y es real la lucha de clases; “la lucha de clases no es una idea”, lo saben “hasta los socialdemócratas” (Bermudo Ávila, 1977, 36). Y todo se ha agudizado de tal manera que “ya no hay otro modo de decir ‘yo soy’ sino a través de la fórmula ‘yo soy explotado’” (Rodríguez, 2003, 44). Pues en efecto, ya no hay otra manera de pensar, enseñó Althusser, si no es el pensamiento desde la explotación. A lo largo de todo lo que vengo diciendo he ido desgranando ideas varias acerca de la situación y también acerca de *posibles* y diferentes soluciones. No entro exactamente a tratar de la organización que el PCE ha de tener en los comienzos de este siglo XXI. Otros lo harán y lo hacen sin duda mejor que yo. Quiero recordar e insistir: el sistema puede digerir todo *excepto la lucha de clases*. Quiero recordar también que no solamente existe

El terreno de lo *legal* y su antagónico, lo *ilegal*; hay todo un campo de lo que podríamos llamar *a-legal*, es decir, de aquello que no entra ni en el terreno de lo legal ni en el de lo ilegal. Muchas veces la izquierda no tiene la creatividad suficiente para usar este espacio (Harnecker, 1999, 387).

Lo cual puede articularse de una manera acaso más realista y también más agresiva: no se trata de discutir si tenemos derecho o no, si hay o no hay derecho: *se trata de tomarlo*. Y además. Luchamos por una memoria histórica real, luchamos por los

muerdos de la Segunda República Española para construir la Tercera (federal y solidaria), porque pensamos que República es sinónimo de Democracia; luchamos por un pensamiento crítico y radical—esto es bien sabido: que va a las raíces de los problemas--; luchamos por una globalización socialista (Harnecker, 1999, 273). Nuestro gran poeta popular y republicano, Antonio Machado, escribió que “ni está el mañana—ni el ayer—escrito”, y también que “todo necio \ confunde valor y precio” (1964, 132 y 264). Así es. El PCE tiene valor, pero no precio; el mañana lo escribirán sus mujeres y sus hombres. Pues como se dice en la “Enmienda al apartado de las propuestas organizativas”,

Queremos el PCE para el siglo XXI, superando los complejos de estar permanentemente justificando su existencia, mirando al futuro, en el que es un instrumento útil en la lucha por la dignidad humana. La nostalgia no justifica nuestra existencia, la absoluta necesidad del futuro que representamos es el motivo fundamental para continuar.

Así pues, de acuerdo con lo que se dice en algún documento ya citado, queremos “la República federal y solidaria como forma de Estado y la democracia participativa como forma de gobierno”.

El 18 de julio de 1871, el periódico neoyorquino *The World* publicaba una entrevista con Karl Marx, titulada, en su versión española, “Carlos Marx, cerebro socialista”. De ella me limito a citar algo que compendia de modo ejemplar su pensamiento y que hoy mismo parece tan deseable. Marx señala así cuáles son los propósitos de la *Internacional*:

La emancipación económica de la clase obrera por medio de la conquista del poder político. La utilización de ese poder político para alcanzar fines sociales.

Bibliografía

- Anguita, Julio.-“Refundar el PCE”, *Mundo Obrero*, junio 2005, 6.
- Badiou, Alain.-*O retorno do mal. Unha entrevista con...* (Santiago de Compostela, Noitarenga, 2002).
- Bermudo Ávila, J. M.-“La dictadura de proletariado: reflexiones filosóficas sobre un debate político”, *El cárabo*, 6 (mayo-junio 1977), 21-38.

- Buñuel, Luis.-*Mi último suspiro* (Barcelona, Plaza y Janés, 1982).
- Cernuda, Luis.-*Prosa completa* (Barcelona, Barral, 1975).
- Díaz, Diego.- “Claves para entender un conflicto silenciado. SEAT: el laboratorio de la flexibilidad”, *Mundo Obrero*, junio 2006, 8.
- Enzensberger, Hans Magnus.-“150 aniversario del *Manifiesto Comunista*. Artistas de la destrucción”, *El país*, 22-2-1998.
- Harnecker, Marta.-*La izquierda en el umbral del siglo XXI* (Madrid, Siglo XXI, 1999).
- Jameson, Frederic.-*El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado* (Barcelona, Paidós, 1991).
- Lenin, Vladimir Illich.-¿*Qué hacer?* (Moscú, Progreso, 1971).
- Machado, Antonio.-*Obras. Poesía y prosa* (Buenos Aires, Losada, 1964).
- Meyer, Willy.-“La política de defensa de Zapatero”, *Mundo Obrero*, octubre 2005, 9.
- Navarro, Vincenç.- “Socialdemocracia sin clase trabajadora”, *El País*, 22 de mayo de 2002.
- Pérez Galdós, Benito.-“Soñemos, alma, soñemos”, *Obras Completas, Novelas III. Miscelánea* (Madrid, Aguilar, 1982), 1.258-1.260.
- Poniatowska, Elena.-“Luis Buñuel, el ojo del siglo”, *Palabras cruzadas* (México, Era, 1961).
- Rodel, Ulrich; Frankenberg, Günter; Dubiel, Helmut.-*La cuestión democrática* (Madrid, Huerga y Fierro, 1997).
- Rodríguez, Juan Carlos.-*Literatura, moda y erotismo: el deseo* (Granada, Asociación investigación y crítica de la ideología, 2003).
- Shakespeare, William.-*Hamlet* (Barcelona, Planeta, 1988).